

Año de la misericordia *¡Viva Cristo Rey!*

Concluimos al terminar el año litúrgico el Año jubilar de la misericordia, en la solemne fiesta de Jesucristo Rey del Universo. Vivimos sometidos al tiempo y a los calendarios, y todo lo que comienza, termina, lleva fecha de caducidad. **El Año de la misericordia ha sido un año repleto de actos y de momentos para caer en la cuenta de que la misericordia constituye el corazón del Evangelio.** Ha sido un año para acoger el gran perdón de Dios para toda la humanidad y para cada uno de nosotros. Y ha sido un año para ejercitarnos en la práctica de las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales. Dios rico en misericordia y los pobres han ocupado el centro de atención de este Año de la misericordia.

Pero el corazón de Dios no se cierra, sigue abierto de par en par para todos. El amor de Dios ha llegado a su plenitud en la Cruz de Cristo, donde Jesús ha abierto su corazón de par en par para enseñarnos que el amor es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado. El corazón de Jesús traspasado de amor nos repite: “Venid a mí... que yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso” (Mt 11,28). La misericordia de Dios ha llegado a su plenitud en el Corazón de Cristo, que nos ama hasta el extremo.

Tampoco se clausuran las obras de misericordia, sino que este Año nos ha impulsado a practicarlas continuamente como seña de identidad del cristiano: “tuve hambre y me diste de comer... fui forastero y me hospedaste, estuve en la cárcel y viniste a verme... Conmigo lo hicisteis”, nos dice el Señor (Mt 25,35s). Son muchas las pobrezas que padece el hombre de hoy: falta de amor, desprecio y marginación, adicciones múltiples (droga, alcohol, sexo, internet...), prófugos y refugiados, víctimas de la trata y de la explotación sexual. No pasemos de largo, no seamos indiferentes. Quizá podamos hacer algo, -o mucho!- para aliviar tantas necesidades. Y sobre todo podemos compartir su dolor y ofrecerles nuestra esperanza para que alcancen la verdadera libertad.

El Año jubilar de la misericordia ha sido una ocasión preciosa para ver cómo sólo Jesucristo puede dar pleno sentido a la vida del hombre, porque no se nos ha dado otro Nombre en el que podamos salvarnos (cf Hech 4,12). Y al experimentar la misericordia recibida y repartida, hemos entendido mejor que sólo el amor transforma el mundo, nunca el odio ni el enfrentamiento. Pongamos manos a la obra, a la obra del amor que brota del Corazón de Cristo y quiere llegar a todos los corazones, y no nos dejemos seducir por propuestas rápidas y engañosas.

La fiesta de Cristo Rey del universo viene a recordarnos que Jesús ha sido constituido por el Padre como el centro y el culmen de la historia, hacia el que tienden todos los corazones y que quiere reinar en el mundo entero por la civilización del amor. Hace pocas semanas participé en la canonización del jovencito mejicano José Sánchez del Río. En la plaza de san Pedro miles y miles de personas con la respiración contenida ante las palabras solemnes del Papa cuando los proclamaba santos. Y al terminar la fórmula latina, aquel silencio de la plaza fue roto por un grito: “¡Viva Cristo Rey!”, que me estremeció profundamente. No era un grito contra nadie, era como el grito de san José Sánchez del Río en aquel momento culminante de su glorificación, el mismo grito que salió de sus labios en el momento del martirio.

“¡Viva Cristo Rey!” ha sido el grito con el que miles y miles de mártires han proclamado su amor a Cristo en el momento supremo del martirio en tantos lugares de la tierra. Es un grito de confesión de fe, es un grito de perdón a los verdugos, es una plegaria desgarradora para que venga a nosotros su Reino, el “reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz” (prefacio de Cristo Rey). Los que militamos bajo la bandera del Rey eternal queremos que esta fiesta sea una ocasión propicia para llevar a todos los hombres el dulce mensaje de la misericordia, sin la cual es imposible que el mundo sobreviva.

Recibid mi afecto y mi bendición:

+ Demetrio Fernández González, obispo de Córdoba